



Pedro Calderón de la Barca

# **A secreto agravio, secreta venganza**

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Pedro Calderón de la Barca

## A secreto agravio, secreta venganza

Personas:

EL REY DON SEBASTIAN.  
DON LOPE DE ALMEIDA.  
DON JUAN DE SILVA.  
DON LUIS DE BENAVIDES.  
DON BERNARDINO, viejo.  
EL DUQUE DE BERGANZA.  
DOÑA LEONOR, dama.  
SIRENA, criada.  
MANRIQUE, criado.  
CELIO, criado.  
UN BARQUERO.  
ACOMPAÑAMIENTO.  
SOLDADOS.

La escena es en Lisboa, en las cercanías de Aldea Gallega y en otros puntos.

Jornada primera

Vista exterior de una quinta del Rey

Escena primera.

EL REY DON SEBASTIAN, DON LOPE DE ALMEIDA,

MANRIQUE, acompañamiento

DON LOPE

Otra vez, gran señor, os he pedido

esta licencia, y otra habéis tenido

por bien mi casamiento;

mas yo que siempre, a tanta luz atento, vivo en vuestro semblante, vengo a daros cuenta de mi elección, y a suplicaros

que en vuestra gracia pueda

colgar las armas, y que Marte ceda

a Amor la gloria, cuando en paz reciba,

en vez de alto laurel, sagrada oliva.

Yo os he servido, y solamente espero

esta merced por galardón postrero,

pues con esta licencia venturosa

hoy saldré a recibir mi amada esposa.

REY.

Yo estimo vuestro gusto y vuestro aumento,

y me alegro de vuestro casamiento;

y a no estar ocupado

en la guerra que en Africa he intentado,

fuera vuestro padrino.

DON LOPE.

Eterno dure ese laurel divino

que tus sienas corona.

REY.

Estimo en mucho yo vuestra persona.

(V ase el Rey y el acompañamiento.)

Escena II

DON LOPE, MANRIQUE.

MANRIQUE.

Contento estás.

DON LOPE.

Mal supiera

la dicha y la gloria mía

disimular su alegría

¡Felice yo, si pudiera

volar hoy!

MANRIQUE.

Al viento igualas.

DON LOPE.

Poco aprovecha; que el viento

es perezoso elemento.

Diérame el amor sus alas,

volara abrasado y ciego;

pues quien al viento se entrega,

olas de viento navega,

y las de amor son de fuego.

MANRIQUE.

Para que desengañanne

pueda, creyendo que tienes

causa, dime a lo que vienes

con tanta prisa.



¡Don Juan!

DON JUÁN.

¡Don Lope!

DON LOPE.

Dudoso

de tanta dicha, mis brazos  
han suspendido sus lazos.

DON JUAN.

Deteneos, que es forzoso

que me defienda de quien  
tanto honor y valor tiene;  
que hombre que tan pobre viene,  
don Lope amigo, no es bien  
que toque (oh suerte importuna!)  
pecho de riquezas lleno.

DON LOPE.

Vuestras razones condeno,

porque si da la fortuna  
humanos bienes del suelo,  
el cielo un amigo da  
como vos: ¡ved lo que va  
desde la fortuna al cielo!

DON JUAN.

Aunque hacéis que aliento cobre,

en mí mayor mal está.

¡Mirad cuán grande será  
mal que es mayor que ser pobre!

Y porque mi sentimiento

algún alivio prevenga,  
si es posible que le tenga,  
escuchad, don Lope, atento.

A la conquista famosa  
de la India, que eligió  
para su tumba la noche  
y para su cuna el sol,  
amigos, y tan amigos,  
pasamos juntos los dos,  
que asistieron en dos cuerpos  
un alma y un corazón.

No codicia de riqueza,  
sino codicia de honor  
obligó nuestros deseos  
a tan atrevida acción,  
como tocar con bajeles  
la provincia que ignoró  
por tantos años la ciencia,  
nunca creída hasta hoy.

La nobleza lusitana  
de su fortuna fió  
naves, que ciertas exceden  
las fingidas de Jasón.

Dejo esta alabanza a quien

pueda con más dulce voz  
contar los famosos hechos  
desta invencible nación;  
porque el gran Luis de Camoens, escribiendo lo que obró,  
con pluma y espada muestra  
ya el ingenio y ya el valor  
en esta parte. Después,  
Don Lope invicto, que vos,  
por muerte de vuestro padre,  
volvisteis, me quedé yo,  
bien sabéis con cuánta fama  
de amigos y de opinión,  
que ahora perdidos hacen  
el sentimiento mayor.  
Pero en efecto es consuelo.  
¡Ved si desgraciado soy,  
que nunca le di, malquisto,  
a la fortuna ocasión!  
Había en Goa una señora,  
hija de un hombre a quien dio  
grande cantidad de hacienda  
codicia y contratación.  
Era hermosa, era discreta;



que, aunque enemigas las dos,  
en ella hicieron las paces  
hermosura y discreción.  
Servíla tan venturoso,  
que merecí algún favor;  
pero ¿quién ganó al principio,  
que a la postre no perdió?  
¿Quién fue antes tan felice,  
que después no declinó?  
Porque son muy parecidos  
juego, fortuna y amor,  
Don Manuel de Sosa, un hombre  
(hijo del gobernador  
Manuel de Sosa) por sí  
de mucha resolución,  
muy valiente, muy cortés,  
bizano y cuerdo (que yo,  
aunque le quite la vida,  
no he de quitarle el honor),  
de Violante enamorado  
(que éste es el nombre que dio  
ocasión a mi ventura  
y a mi desdicha ocasión),  
en Goa públicamente

era mi competidor.

Poco cuidado me daba

su amorosa pretensión;

porque siendo, como era,

el favorecido yo,

la pena del despreciado

hizo mi dicha mayor.

Un día, que el sol hermoso

saliera (¡pluguiera a Dios,

sepultara eterna noche

su continuo resplandor!),

salió con el sol Violante:

bastaba pedirle yo

que aun el uno no saliera,

para que salieran dos.

De criados rodeada

a la marina llegó

donde estaba mucha gente,

porque en aquella ocasión

había llegado una nave

al puerto, y su admiración

ido causa a aqueste concurso,

y a mi desdicha la dio.

Estábamos en un carro  
de mucha gente los dos,  
todos soldados y amigos,  
cuando a la vista pasó

Violante. Iba tan airosa,  
que allí ninguno dejó  
de poner el alma en ella,  
porque su planta veloz  
era el móvil que llevaba  
tras sí la imaginación.

Dijo un capitán: -¡Qué bella  
mujer! -A quien respondió  
don Manuel: -Y como tal  
ha sido la condición.

-Será cruel. -No por eso  
lo digo (le replicó),  
sino por ver que ha escogido,  
como hermosa, lo peor.-

Yo entonces dije: -Ninguno  
sus favores mereció,  
porque no hay quien los merezca;  
y si hay alguno, soy yo.

-Mentís (dijo). Aquí no puedo  
proseguir, porque la voz

muda, la lengua turbada,  
frío el cuerpo, el corazón  
palpitante, los sentidos  
muertos y vivo el dolor,  
quedan repitiendo aquella  
afrenta. ¡ Oh tirano error  
de los hombres! ¡Oh vil ley  
del mundo! ¡Que una razón,  
o que una sinrazón pueda  
manchar el altivo honor  
tantos años adquirido,  
y que la antigua opinión  
de honrado quede postrada  
a lo fácil de una voz!  
¡Que el honor, siendo un diamante,  
pueda un frágil soplo (¡ay Dios!)  
abrasarle y consumirle,  
y que siendo su esplendor  
más que el sol puro, un aliento  
sirva de nube a este sol!  
Mucho del caso me aparto,  
llevado de la pasión.  
Perdonad, vuelvo al suceso.

Apenas él pronunció  
tales razones, don Lope,  
cuando mi espada veloz  
pasó de la vaina al pecho,  
tal que a todos pareció  
que imitaron trueno y rayo  
juntas mi espada y su voz.  
Bañado en su misma sangre,  
muerto en la arena cayó,  
cuando para mi defensa  
tomé una iglesia, a quien dio  
en aquel sitio lugar  
la sagrada religión  
de Francisco; que por ser  
su padre el gobernador,  
me fue forzoso esconderme  
con tanto asombro y temor,  
que tres días un sepulcro  
habité vivo. ¿Quién vio  
que siendo el contrario el muerto,  
fuese el sepultado yo?  
Al cabo de los tres días,  
por amistad y favor,  
el capitán de la nave

que a nuestro puerto llegó,  
y que a Lisboa venía,  
en ella me recibió  
una noche, cuyo manto  
fue de mi vida ocasión.  
En esta nave escondido  
estuve, hasta que el veloz  
monstruo del viento y del agua  
los piélagos dividió  
de Neptuno. ¡Injusto engaño  
de la vida! O su pasión  
no dé por infame al hombre  
que sufre su deshonor,  
o le dé por disculpado  
si se venga; que es error  
dar a la afrenta castigo,  
y no al castigo perdón.  
Hoy he llegado a Lisboa,  
adonde tan pobre estoy,  
que no osaba entrar en ella.  
Éstas mis fortunas son,  
ya no tristes, sino alegres,  
pues me dieron ocasión

de llegar a vuestros brazos.

Éstos mil veces os doy,

si un hombre tan infelice

puede merecer de vos,

¡oh gran don Lope de Almeida!,

tal merced, honra y favor.

DON LOPE.

Atentamente escuché,

don Juan de Silva, las quejas,

que en lágrimas anegadas

dais desde el pecho a la lengua,

y atentamente he pensado

que no hay opinión que pueda,

por más sutil que discurra,

tener dudosa la vuestra.

¿Quién, en naciendo, no vive

sujeto a las inclemencias

del tiempo y de la fortuna?

¿Quién se libra, quién se excepta

de una intención mal segura,

de un pecho doble, que alienta

la ponzoña de una mano

y el veneno de una lengua?

Ninguno. Sólo dichoso

puede llamarse el que deja,

como vos, limpio su honor

y castigada su ofensa.

Honrado estáis: negras sombras

no deslustren, no oscurezcan

vuestro honor antiguo, y hoy

en nuestra amistad se vea

la virtud de aquellas plantas,

tan conformemente opuestas,

que una con calor consume,

y otra con frialdad penetra,

siendo veneno las dos,

y estando juntas, se templan

de suerte, que son entonces

salud más segura y cierta.

Vos estáis tristes, yo alegre:

partamos la diferencia

entre los dos, y templando

el contento y la tristeza,

queden en igual balanza

mi alegría y vuestra pena,

mi gusto y vuestro dolor,

mi ventura y vuestra queja,

porque el pesar o el placer



matar a ninguno pueda.

Yo me he casado en Castilla,  
por poder, con la más bella  
mujer... (Mas para ser propia  
es lo menos la belleza).

Con la más noble, más rica,  
más virtuosa y más cuerda  
que pudo en el pensamiento  
hacer dibujos la idea.

Doña Leonor de Mendoza  
es su nombre, y hoy con ella  
don Bernardino mi tío  
llegará a Aldea Gallega,  
donde salgo a recibirla  
con tan venturosas muestras  
como veis; y un bello barco  
tan venturoso la espera,  
que juzga por perezosas  
hoy del tiempo las ligeras  
alas; porque el bien que tarda  
no llega bien cuando llega.  
Ésta es mi dicha, mayor  
por ver cuánto la acrecienta  
vuestra venida don Juan.

No os dé temor, no os dé pena  
venir pobre; rico soy;  
mi casa, amigo, mi mesa,  
mis caballos, mis criados,  
mi honor, mi vida, mi hacienda,  
todo es vuestro. Consolaos  
de que la fortuna os deja  
un amigo verdadero,  
y que no ha tenido fuerza  
contra vos quien os quitó  
ese valor que os alienta,  
esa alma que os anima,  
y este brazo que os defienda.  
No me respondáis, dejad  
las cortesanas finezas,  
entre amigos excusadas,  
y venid adonde sea  
testigo vuestra persona  
de la dicha que me espera;  
que hoy en Lisboa ha de entrar  
mi esposa, y estas tres leguas  
de mar (para mí de fuego)  
hemos de venir con ella;

que de esotra parte está

sin duda.

DON JUAN.

Pues no pretenda

con mi humildad deslucirse,

don Lope, vuestra nobleza,

porque el mundo, no la sangre,

sino el vestido, respeta.

DON LOPE.

Ése es engaño del mundo,

que no ve ni considera

que al cuerpo le viste el oro,

pero al alma la nobleza.

Venid conmigo. (Ap.) Suspiros,

ofreced viento a las velas,

si es que en los mares del fuego,

bajeles de amor navegan.

(Vanse los dos)

MANRIQUE.

Yo me quiero adelantar

en alguna barca destas,

que llaman muletes, y hoy,

siendo cojo con muletas,

pediré a mi nueva ama

las albricias de que llega

su esposo; que el primer día

da las albricias cualquiera,  
porque sale de forzada,  
si es lo mismo que doncella. (Vase.)

Campo cercano a Aldea Gallega.

Escena IV

DON BERNARDINO, DOÑA LEONOR, SIRENA

D. BERNARDINO.                    En la falda lisonjera  
deste monte coronado  
de flores, donde ha llamado  
a cortes la primavera,  
puedes descansar, en tanto,  
bella Leonor, que dichoso  
llega don Lope tu esposo.  
Y perdona al dulce llanto,  
aunque no es gran maravilla  
que con sentimiento igual,  
a vista de Portugal  
te despides de Castilla.

DOÑA LEONOR.

Ilustre don Bernardino

de Almeida, mi tierno llanto

no es ingratitud a tanto

honor como me previno

la suerte y la dicha mía.

Viendo tan cercano el bien,

gusto ha sido; que también

hay lágrimas de alegría.

D. BERNARDINO.

Cuerdamente te disculpa

la discreción lisonjera;

y aunque por disculpa fuera,

te agradeciera la culpa.

Yo quiero dar más lugar

a divertir la porfía

de aquesta melancolía.

Aquí puedes descansar,

venciendo el rigor aquí

del sol, que en sus rayos arde.

El cielo tu vida guarde. (Vase.)

Escena V

DOÑA LEONOR, SIRENA.

DOÑA LEONOR.                   ¿Fuese ya, Sirena?

SIRENA.                            Sí.

DOÑA LEONOR.                   ¿Óyenos alguien?

SIRENA.                            Sospecho que estamos solas las dos.

DOÑA LEONOR.                   Pues salga mi pena (¡ay Dios!)

de mi vida y de mi pecho.

Salga en lágrimas deshecho

el dolor que me provoca,

el fuego que al alma toca,

remitiendo sus enojos

en lágrimas a los ojos,

y en suspiros a la boca.

Y sin paz y sin sosiego

todo lo abrasan veloces,

pues son de fuego mis voces

y mis lágrimas de fuego.

Abrasen, cuando navego

tanto mar y viento tanto,

mi vida y mi fuego cuanto

consume el fuego violento,

pues mi voz es fuego y viento,

mis lágrimas fuego y llanto.

SIRENA.

¿Qué dices, señora? Advierte

en tu peligro y tu honor.

DOÑA LEONOR.

¿Tú que sabes mi dolor,

tú que conoces mi muerte,

me reportas desta suerte?

¿Tú de mi llanto me alejas?

¿Tú que calle me aconsejas?

SIRENA.

Tu inútil queja escuchando

estoy.

DOÑA LEONOR.

¡Ay Sirena! ¿Cuándo

son inútiles las quejas?

Quéjase una flor constante

si el aura sus hojas hiere

cuando el sol caduco muere

en tómulos de diamante;

quéjase un monte arrogante

de las injurias del viento

cuando le ofende violento;

y el eco, ninfa vocal,

quejándose de su mal,

responde el último acento.

Quéjase, porque amar sabe,

una hiedra, si perdió

el duro escollo que amó;





don Luis muerto y muerta yo.

Pues si el cielo me forzó,

me verás en esta calma,

sin gusto, sin ser, sin alma,

muerta sí, casada no.

Lo que yo una vez amé,

lo que una vez aprendí,

podré perderlo, ¡ay de mí!,

olvidarlo no podré.

¿Olvido donde hubo fe?

Miente amor. ¿Cómo se hallara

burlada verdad tan clara?

Pues la que constante fuera,

no olvidará si quisiera,

no quisiera si olvidara.

¡Mira tú lo que sentí

cuando su muerte escuché,

pues forzada me casé

sólo por vengarme en mí!

Ya la vez última aquí

se despida mi dolor.

Hasta las aras, amor,

te acompañé; aquí te quedas,

por que atreverte no puedas





soy entonces su vedor,  
y después su contador;  
pues a todos desde allí  
lo cuento, a todos lo aviso;  
cuando hurto lo que quiero  
de la plaza, repostero;  
dispensero, cuando siso;  
soy valiente cuando huyo;  
y soy su cochero el día  
que sus amores me fia;  
y así claramente arguyo  
que soy por tan varios modos,  
sirviéndole siempre así,  
cada oficio de por sí,  
y mnurándole, todos.

( Hablan aparte Doña Leonor y Sirena.)

## Escena VII

DON BERNARDINO, DON LUIS y CELIO, que se quedan lejos de

DOÑA LEONOR, SIRENA, MANRIQUE

DON LUIS. Soy mercader, y trato en los diamantes, que hoy son  
piedras, y rayos fueron antes del sol, que perficiona y ilumina

rústico grano en la abrasada mina.

Paso desde Lisboa hasta Castilla,  
y en esta aldea vila maravilla  
del cielo, reducida en una dama  
que acompañáis; y luego de la fama  
supe que va casada o a casarse.

Y como suele en todas emplearse  
este caudal más bien, porque las bodas  
en la gala y la joya empiezan todas, enseñaros quisiera algunas dellas,  
que no son más lucentes las estrellas,  
por ver si la ocasión con el deseo  
hacen en el camino algún empleo.

D . BERNARDINO .                      La prevención y la advertencia ha sido acertada. A buen  
tiempo habéis venido, pues yo, por divertirla y alegrarla

(que está triste), unajoya he de feriarla. Aquí esperad, y llegaré primero a prevenirla.

DON LUIS .                                      Pues ahora quiero

que la llevéis, señor, para bastante  
prueba de mi verdad, este diamante:

(Dásele.)

que visto su valor y su excelencia,  
no dudo yo, señor, que os dé licencia  
de llegar a sus pies.

D. BERNARDINO.                              ¡Es piedra rara!

¡ Qué fondo ! ¡ Qué caudal ! ¡ Qué limpia y clara!

Aquí, divina Leonor. (Llégase a ella.)

Ha llegado un mercader,  
en cuya mano has de ver  
joyas de grande valor,  
ricas, costosas y bellas.  
Divierte un poco el pesar;  
que yo te quiero feriar  
lo que te agrade dellas.  
Este diamante, farol  
que con luz hermosa y nueva,  
para su limpieza prueba  
ser luciente hijo del sol,  
viene por testigo aquí.  
Toma el diamante. (Dásele.)

DOÑA LEONOR. (Ap.) ¿Qué veo?

¡Cielos!

D. BERNARDINO. Dime...

DOÑA LEONOR. (Ap.) Aún no lo creo.

D. BERNARDINO. Si ha de llegar.

DOÑA LEONOR. (Ap.) ¡Hay de mi!

Este diamante es el mismo...)

Dile que llegue. - ¡Sirena!

( Apártase Don Bernardino).

(Ap.) (Sáqueme amor desta pena,

deste encanto, deste abismo.)

Este diamante que ves,  
luz que con el sol la mides,  
di a don Luis de Benavides.

Prensa mía y suya es.

O mis lágrimas me ciegan,  
o es el mismo. Hoy sabré yo  
cómo a mis manos volvió.

SIRENA.

Disimula, que ya llegan.

(Llega Don Luis).

DON LUIS.

Yo soy, hermosa señora...

DOÑA LEONOR.

(Ap.) Alma de la pena mía,

cuerpo de mi fantasía.

SIRENA.

(Ap. a ella.) Disimula y calla ahora;

que ya veo la razón

que tienes para admirarte.

DON LUIS.

Yo soy quien en esta parte

piensa lograr la ocasión,

habiendo a tiempo llegado

en que pueda mi deseo

hacer el feliz empleo

tantos años esperado.

Traigo joyas que vender

de innumerable riqueza;  
y entre otras, una firmeza  
sé que os ha de parecer  
bien; porque della sospecho  
que adorne esa bizarría,  
si es que la firmeza mía  
llega a verse en vuestro pecho.

Un Cupido de diamantes  
traigo de grande valor;  
que quise hacer al amor  
yo de piedras semejantes,  
porque labrándole así,  
cuando alguno le culpase  
de vario y fácil, le hallase  
firme solamente en mí.

Un corazón traigo, en quien  
no hay piedra falsa ninguna:  
sortijas bellas, y en una  
unas memorias se ven.

Una esmeralda que había,  
me hurtaron en el camino,  
por el color, imagino,  
que perfecto le tenía.



Estaba con un zafiro;  
mas la esmeralda llevaron  
solamente, y me dejaron  
esta azul piedra que miro;  
y así dije en mis desvelos:  
«¿Cómo con tanta venganza  
me llevasteis la esperanza  
para dejarme los celos?»  
Si gusta vuestra belleza,  
descubriré, por más glorias,  
el corazón, las memorias,  
el amor y la firmeza.

D. BERNARDINO.                      El mercader es discreto.

¡Qué bien a las joyas bellas,  
para dar gusto de vellas,  
las fue aplicando su efeto!

DOÑA LEONOR.                      Aunque vuestras joyas son

tales como encarecéis,  
para mostrarlas habéis  
llegado a mala ocasión.

Y yo, en ver su hermoso alarde,  
contento hubiera tenido,  
si antes hubierais venido;  
pero habéis venido tarde.

¿Qué se dijera de mi,  
si cuando casada estoy,  
si cuando esperando estoy  
a mi noble esposo, aquí  
pusiera, no mi tristeza,  
sino mi imaginación  
en ver ese corazón,  
ese amor y esa firmeza?  
No los mostréis; que no es bien  
que, tan sin tiempo miradas  
agora, desestimadas  
memorias vuestras estén.  
Y tomad vuestro diamante;  
que ya sé que pierdo en él  
una luz hermosa y fiel,  
al mismo sol semejante.  
No culpéis la condición  
que en mí tan esquivo hallasteis;  
culpaos a vos, que llegasteis  
sin tiempo y sin ocasión.  
(Ruido dentro).

MANRIQUE.

(Mirando dentro.) Ya don Lope mi señor llega.

DON LUIS. (Ap.) ¿Habrá en desdicha igual

mal que compita a mi mal,

ni dolor a mi dolor?

DOÑA LEONOR. (Ap.) ¡Qué veneno!

DONLUIS. (Ap.) ¡Qué crueldad!

D. BERNARDINO. A recibirle lleguemos. (Vase.)

MANRIQUE. Callen todos, y escuchemos

la primera necesidad;

porque un novio a quien le place

la dama y a verla llega,

como necesidades juega,

es tahúr que dice y hace. (Vase.)

#### Escena VIII

DOÑA LEONOR, DON LUIS, SIRENA, CELIO

DON LUIS. ¿Qué me podrás responder,

mujer tan fácil, liviana,

mudable, inconstante y yana,

y mujer, en fin, mujer,

que pueda satisfacer

a tu mudanza y olvido?

DOÑA LEONOR. Haber tu muerte creído,

haber tu vida llorado

causa a mi mudanza ha dado,

que a mi olvido no ha podido;  
pues cuando te llego a ver,  
a no estar ya desposada,

vieras hoy determinada  
si soy mudable o mujer.  
Desposéme por poder.

DON LUIS.

Y bien por poder se advierte:

por poder borrar mi suerte,  
por poder dejarme en calma,  
por poder quitarme el alma,  
por poder darme la muerte.

Ésta dices que creíste,  
y no fue yana apariencia;  
que si creíste mi ausencia,  
es lo mismo: bien dijiste.

DOÑA LEONOR.

No puedo, no puedo, ¡ay triste!,

responder; que está conmigo,  
no mi esposo, mi enemigo.  
Mas porque me culpas fiel,  
lo que le dijere a él,





CELIO .

Señor, pues que desta suerte

hallaste tu desengaño,  
vuelve en ti, repara el daño  
de tu vida y de tu muerte.  
Ya no hay estilo ni medio  
que tú debas elegir.

DON LUIS.

Sí hay, Celio.

CELIO.

¿Cuáles?

DON LUIS.

Morir,

que es el último remedio.  
Muera yo, pues vi casada  
a Leonor, pues que Leonor  
dejó burlado mi amor  
y mi esperanza burlada.  
Mas ¿qué me podrá matar,  
si los celos me han dejado  
con vida? Aunque mi cuidado  
me pretende consolar  
dándome alguna esperanza;  
pues cuando a su esposo habló,  
conmigo se disculpó  
de su olvido y su mudanza.

CELIO .

¿Cómo disculpar contigo?

A mil locuras te pones.

DON LUIS.

Éstas fueron sus razones,

mira si hablaba conmigo:

Yo me firmé rendida antes que os viese

y vivo y muerto sólo en vos estaba,

porque sola una sombra vuestra amaba; pero bastó que sombra vuestra fuese. ¡Dichosa yo mil veces, si pudiese

amaros como el alma imaginaba!

Que la deuda común así pagaba

la vida, cuando humilde me rindiese.

Disculpa tengo cuando temeroso

y cobarde mi amor, llego a miraros,

si no pago un amor tan generoso.

De vos y no de mí, podéis quejaros,

pues, aunque yo os estime como a esposo, es imposible, como sois, amaros.

Y puesto que así me ha dado

disculpa de su mudanza,

sea mi loca esperanza

veneno y puñal dorado.

Si ha de matarme el dolor,

mejor es el gusto, ¡cielos!,

y si he de morir de celos,

mejor es morir de amor.

Siga mi suerte atrevida

su fin contra tanto honor,



porque he de amar a Leonor,

aunque me cueste la vida.

(Vase.)

Jornada segunda

Sala en casa de Don Lope en Lisboa.

Escena primera

SIRENA, MANRIQUE.

MANRIQUE. Sirena de mis entrañas,

que para aumentar mi pena

eres la misma Sirena,

que enamoras y engañas:

duélate ver el rigor

con que tratas mis cuidados;

que también a los criados

hiere de barato amor.

Dame un favor de tu mano.

SIRENA. Pues ¿qué puedo darte yo?

MANRIQUE. Mucho puedes; pero no

quiero bien más soberano



declárese mi rigor,  
porque mi vida y mi honor  
ya no es mío, es de mi esposo.  
Dile a don Luis, que pues es  
principal, noble y honrado,  
por español y soldado  
obligado a ser cortés,  
que una mujer (no Leonor,  
porque le basta saber  
a una noble que una mujer)  
le suplica que su amor  
olvide: que maravilla  
cuidado en la calle tal,  
y no sufre Portugal  
galanteos de Castilla:  
que con lágrimas bañada  
vuelvo a pedirle se vuelva  
a Castilla, y se resuelva  
a no hacerme mal casada;  
porque fiera y ofendida,  
si no lo hace, vive Dios,  
que podrá ser que a los dos  
nos venga a costar la vida.

SIRENA. Desafortunado lo diré,  
si puedo verle y hablarle.

DOÑA LEONOR. ¿Cuándo falta de la calle?  
Mas no hables en ella, ve  
a buscarle a la posada.

SIRENA. Mucho, señora, te atreves.  
(Vase.)

### Escena III

DON LOPE, DON JUAN, MANRIQUE. -DOÑA LEONOR.

DON LOPE. (Ap.) ¡Ay honor, mucho me debes!

DON JUAN. Ya se acerca la jornada.

DON LOPE. No queda en toda Lisboa

fidalgo ni caballero,  
que ser no piense el primero  
que merezca eterna loa  
con su muerte.

MANRIQUE. Justo es;  
mas no pienso desafortunado  
tener yo loa en mi muerte,  
ni comedia ni entremés.

DON LOPE. ¿Luego tú no piensas ir  
al Africa?

MANRIQUE.

Podrá ser

que vaya; mas será a ver,  
por tener más que decir;  
no a matar, quebrando en vano  
la ley en que vivo y creo;  
pues allí explicar no veo  
que sea moro ni cristiano.  
No matar, dice. Y los dos  
esto me veréis guardar;  
que yo no he de interpretar  
los mandamientos de Dios.

DON LOPE.

¡Mi Leonor!

DOÑA LEONOR.

¡Esposo mío!

¿Vos tanto tiempo sin verme?

Quejoso vive el amor  
de los Instantes que pierde.

DON LOPE.

¡Qué castellana que estáis!

Cesen las lisonjas, cesen

las repetidas finezas.

Mirad que los portugueses

al sentimiento dejamos

la razón, porque el que quiere,

todo lo que dice quita

de valor a lo que siente.

Si en vos es ciego el amor,

en mí es mudo.

MANRIQUE.

Y desafortunada

en mí endemoniado ha sido.

DON LOPE.

Siempre, Manrique, parece,

que al paso que yo estoy triste,

tú estás contento y alegre.

MANRIQUE.

Y dime, ¿cuál es mejor,

en pasiones diferentes,

la alegría o la tristeza?

DON LOPE.

La alegría.

MANRIQUE.

Pues ¿qué quieres?

¿Que deje yo lo mejor

por lo peor? Tú, que tienes

la tristeza, que es la mala,

eres quien mudarte debes,

y pasarte a la alegría;

pues será más conveniente,

que el ir yo de alegre a triste,

venir tú de triste a alegre. (Vase.)

Escena IV

DON LOPE, DOÑA LEONOR, DON JUAN.

DOÑA LEONOR.

¿Vos estáis triste, señor?

Muy poco mi pecho os debe  
o yo le debo muy poco,  
pues vuestro dolor no siente.

DON LOPE.

Forzosas obligaciones

heredadas dignamente  
con la sangre, a quien obligan  
divinas y humanas leyes,  
me dan voces y recuerdan  
desta blanda paz y deste  
olvido, en que yacen hoy  
mis heredados laureles.

El famoso Sebastián,  
nuestro rey, que viva siempre,  
heredero de los siglos  
a la imitación del fénix,  
hoy al Africa hace guerra.

No hay caballero que quede  
en Portugal; que a las voces  
de la fama nadie duerme.

Quisiérale acompañar  
a la jornada; y por verme  
casado, no me he ofrecido

hasta que licencia lleve  
de tu boca, Leonor mía.

Esta merced has de hacerme,  
en este caso has de honrarme,  
y este gusto he de deberte.

DOÑA LEONOR.

Bien con esas prevenciones

fue menester que me hicieseis  
oraciones que me animen,  
y discursos que me alienten.

Vos ausente, dueño mío,  
y por mi consejo ausente,  
fuera pronunciar yo misma  
la sentencia de mi muerte.

Idos vos sin que lo diga  
mi lengua; pues que no puede  
negaros la voluntad  
lo que la vida os concede.

Mas porque veáis que estimo  
vuestra inclinación valiente,  
ya no quiero que el amor  
sino el valor me aconseje.

Servid hoya Sebastián,  
cuya vida el cielo aumente;  
que es la sangre de los nobles







mitad, con quien él pudiese  
descansar? Pero mal digo:  
¿quién hiciera cuerdamente  
de sí mismo otra mitad,  
porque en partes diferentes,  
pudiera la voz quejarse  
sin que el pecho lo supiese?  
¡Pudiera sentir el pecho  
sin que la voz lo dijese!  
¡Pudiera yo, sin que yo  
llegara a oírme ni a verme,  
conmigo mismo culparme,  
y conmigo defenderme!  
Porque unas veces cobarde,  
como atrevido otras veces,  
tengo vergüenza de mí.  
¡Que tal diga!, ¡que tal piense!,  
¡que tenga el honormil ojos  
para ver lo que le pese,  
mil oídos para oírlo,  
y una lengua solamente  
para quejarse de todo!  
Fuera todo lenguas, fuese

nada oídos, nada ojos,  
porque oprimido de verse  
guardado, no rompa el pecho,  
y como mina viviente.  
Ahora bien, fuerza es quejarme;  
mas no sé por dónde empiece;  
que, como en guerra y en paz  
viví tan honrado siempre,  
para quejarme ofendido,  
no es mucho que no aprendiese  
razones; porque ninguno  
previno lo que no teme.  
¿Osará decir la lengua  
qué tengo?... Lengua, deténte,  
no pronuncies, no articules  
mi afrenta; que si me ofendes,  
podrá ser que castigada,  
con mi vida o con mi muerte,  
siendo ofensor y ofendido,  
yo me agravie y yo me vengue.  
No digas que tengo celos...  
Ya lo dije, ya no puede  
volverse al pecho la voz.  
¿Posible es que tal dijese

sin que, desde el corazón  
al labio, consuma y queme  
el pecho este aliento, esta  
respiración fácil, este  
veneno infame, de todos  
tan distinto y diferente,  
que otros desde el labio al pecho  
hacer sus efectos suelen,  
y éste desde el pecho al labio?  
¿A qué áspid, a qué serpiente  
mató su propio veneno?  
A mi, ¡cielos!, solamente,  
porque quiere mi dolor  
que él me mate y yo le engendre.  
Celos tengo, ya lo dije.  
¡Válgame Dios! ¿Quién es este  
caballero castellano  
que a mis puertas, a mis redes  
y a mis umbrales clavado,  
estatua viva parece?  
En la calle, en la visita,  
en la iglesia atentamente  
es girasol de mi honor,

bebiendo sus rayos siempre.

¡Válgame Dios! ¿Qué será  
darme Leonor fácilmente  
licencia para ausentarme,  
y con un semblante alegre,  
no sólo darme licencia,  
sino decirme y hacerme  
discursos tales, que aun ellos  
me obligaran a que fuese,  
cuando yo no lo intentara?

Y ¿qué será, finalmente,  
decirme don Juan de Silva  
que ni me vaya ni ausente?  
¿En más razón no estuviera  
que aquí mudados viniesen  
de mi amigo y de mi esposa  
consejos y pareceres?

¿No fuera mejor, si fuera  
que se mudaran las suertes,  
y que don Juan me animase  
y Leonor me detuviese?

Sí, mejor fuera, mejor.

Pero ya que el cargo es éste,  
hablemos en el descargo:

vaya, que el honor no quiere  
por tan sutiles discursos  
condenar injustamente.

¿No puede ser que Leonor  
tales consejos me diese,  
por ser noble como es,  
varonil, sagaz, prudente,  
porque quedándome yo,  
mi opinión no padeciese?

Bien puede ser pues me dice  
que da en consejo, y lo siente.

¿No puede ser que don Juan,  
que me quedase dijese  
por parecerle que estaba  
excusado, y parecerle  
que es dar disgusto a Leonor?

Sí, puede ser. Y ¿no puede  
ser también que este galán  
mire a parte diferente?

Y apretando más el caso,  
cuando sirva, cuando espere,  
cuando mire, cuando quiera,  
¿en qué me agravia ni ofende?

Leonor es quien es y yo  
soy quien soy; y nadie puede  
borrar fama tan segura  
ni opinión tan excelente.  
Pero sí puede (¡ay de mi!)  
que al sol claro y limpio siempre,  
si una nube no le eclipsa,  
por lo menos se le atreve,  
si no le mancha, le turba,  
y al fin, al fin le oscurece.  
¿Hay, honor, más sutilezas  
que decirme y proponerme?  
¿Más tormentos que me aflijan,  
más penas que me atormenten,  
más sospechas que me maten,  
más temores que me cerquen,  
más agravios que me ahoguen  
y más celos que me afrenten?  
No. Pues no podrás matarme,  
si mayor poder no tienes;  
que yo sabré proceder  
callado, cuerdo, prudente,  
advertido, cuidadoso,  
solicito y asistente,







y de rizado y postizo

fue mártir y confesor.

No es de aljófara lo ensartado;

liendres son con que me alegro,

que desde lejos mirado,

parece un penacho negro

de blancas moscas nevado.

Aquesta sutil varilla

es barba de la ballena

sacada de una cotilla,

que fue entregar a mi pena

lo mismo que una costilla.

Vara es de virtudes llena,

que hace bueno el pecho y buena

la espalda más eminente;

que ya todo talle miente

por la barba de ballena.

La zapatilla que estás

mirando ahora en mis manos,

casa fue, donde sabrás

que vivieron dos enanos

sin encontrarse jamás.

Éste es un guante, y no hay duda

de que, como ruiseñor,  
mucho tiempo estuvo en muda;  
pregúntaselo al olor:  
sebo de cabrito suda.

Esta cinta es de una dama  
de gran porte; pero yo  
no la quiero.

SIRENA.

¿Por qué no?

MANRIQUE.

Porque sé que ella me ama.

¿No es causa bastante?

SIRENA.

Sí.

MANRIQUE.

La que yo tengo de amar,

me ha de mentir, engañar,  
y se ha de burlar de mí,  
dar celos cada momento,  
maltratarme, despedirme,  
y en efecto ha de pedirme,  
que es la cosa que más siento;  
porque si al fin es costumbre  
en ellas, tengo por justo  
hacer desde luego gusto  
lo que ha de ser pesadumbre.

SIRENA.

¿Y es hermosa esa señora?

MANRIQUE.

No, pero es puerca.

SIRENA. En verdad  
que es muy buena calidad.

MANRIQUE. Arrope un ojo la llora,  
y otro aceite.

SIRENA. ¿Es entendida?

MANRIQUE. Cuanto dice entiendo yo;  
mas cuanto la dicen, no,  
que es entendida, entendida.

SIRENA. Por muestra de que es verdad,  
que amarle a su gusto espero,  
este listón sólo quiero.

MANRIQUE. De muy buena voluntad

SIRENA. ¡Ay triste de mí!

MANRIQUE. ¿Qué ha sido?

SIRENA. Mi marido viene allí;  
váyase presto de aquí,  
que es un diablo mi marido.  
Dé vuelta a la calle presto,  
que en tanto, señor, que él pasa,  
le esperaré en esta casa.

MANRIQUE. En buen sagrado te has puesto;  
que aquí vivo yo, y vendré  
en estando asegurada. (Vase.)

SIRENA.

A un bellaco, una taimada. (Vase.)

Sala en casa de Don Lope.

Escena VIII

SIRENA.

SIRENA.

Bien dentro de casa entré

sin que fuese conocida.

Lindamente le he engañado,

aunque él más, pues me ha dejado

tan afrentada y corrida.

Que dijera que era fea

no importaba, aunque lo fuese,

ni importaba que dijese

que necia y que sucia sea;

pero ¡aceite un ojo a mí,

y otro arroje! No, por Dios.

Y aun si lloraran los dos

una cosa, entonces sí

que callara; mas ¿que tope

un picarón, un taimado,

que mis ojos han llorado

uno aceite y otro arroje?

Escena IX

DOÑA LEONOR, SIRENA.

DOÑA LEONOR.

Sirena.

SIRENA.

Señora mía.

DOÑA LEONOR.

¡ Cuánto tu ausencia me cuesta!

¿Hablástele?

SIRENA.

Y la respuesta

en este papel te envía;

y de palabra me dijo,

que si él una vez te hablara,

él se fuera y te dejara.

DOÑA LEONOR.

Con mayor causa me aflijo.

¿Para qué el papel tomaste?

SIRENA.

Para traerte el papel.

DOÑA LEONOR.

(Ap.) ¡Ay, pensamiento cruel,

qué fácil entrada hallaste

en mi pecho!

SIRENA.

Pues ¿qué importa

que le tomes y le leas?

DOÑA LEONOR.

¿Eso es bien que de mi creas?

La voz, Sirena, reporta,









y obre fortuna después.

DOÑA LEONOR.                      Tan fácilmente lo dices,  
que no le dejas que hacer  
al temor, ni aun al honor  
que dudar ni que temer.

Ve ya por don Luis. (Vase Sirena.)

Escena X

DOÑA LEONOR.                      Amor,  
aunque en la ocasión esté,  
soy quien soy, vencerme puedo.  
No es liviandad, honra es  
la que a esta ocasión me puso;  
ella me ha de defender;  
que cuando ella me faltara,  
quedara yo, que también  
supiera darme la muerte,  
si no supiera vencer.  
Temblando estoy; cada paso  
que siento, pienso que es  
don Lope, y el viento mismo  
se me figura que es él.  
¿Si me escucha? ¿Si me oye?



ignoráis lo que sabéis)  
que en Toledo, nuestra patria,  
(perdonadme) os quise bien,  
desde que en la Vega os vi  
un día al amanecer,  
que aumentando nuevas flores  
al campo hermoso, tal vez  
lo que las manos robaron,  
restituyeron los pies.

Ya sabéis...

DOÑA LEONOR.

Esperad, yo

seré más breve. Ya sé  
que muchos días rondasteis  
mi calle, y a mi desdén  
constante siempre tuvisteis  
amor firme y firme fe,  
hasta que os favorecí.  
¿Qué no han llegado a vencer  
lágrimas de amor, que lloran  
los hombres que quieren bien?  
Y favorecido ya,  
siendo tercera fiel  
la noche (¡qué no consiguen

una reja y un papel?),  
tratábamos de casarnos,  
cuando os hicieron merced  
de una jineta, y fue fuerza  
iros a servir al rey.  
Fuisteis a Flandes...

DONLUIS.

Sí fui

(que aqueso ya lo diré),  
donde dimos un asalto,  
y murió valiente en él  
un don Juan de Benavides,  
caballero aragonés.

La equivocación del nombre  
dio causa para entender  
que fuese yo el muerto: ¡ Cuánto  
una mentira se crê!

Llegó la nueva a Toledo...

DOÑA LEONOR.

Eso diré yo más bien,

que sin vida la sentí,  
y con la vida lloré;  
pero callo aquí, aunque aquí  
os pudiera encarecer  
los sentimientos que hice,  
las tristezas que pasé.

En efecto, persuasiones  
de muchos pudieron ser  
bastantes a que en Toledo  
me casare por poder.

DON LUIS.  
y pensando deshacer  
el casamiento, corrí  
hasta que os vi y os hablé,  
con equívocas razones,  
en traje de mercader.

DOÑA LEONOR.  
y pues os desengañé,  
¿a qué habéis venido aquí?

DON LUIS .  
si hay ocasión de quejarme;  
que si culpando tu fe  
descanso, iré luego a Flandes,  
donde una bala me dé,  
porque la pólvora cumpla  
lo que me ofreció otra vez.

SIRENA.

DOÑA LEONOR.

Oscura está aquesta sala;

Yo lo supe en el camino,

Estaba casada ya;

Sólo he venido por ver

Gente sube la escalera.

¡Ay cielos! ¿Qué puedo hacer?

que aquí te quedes es bien,  
porque a ti sólo te hallen;  
y habiendo entrado quien es,  
podrás irte, no a Castilla;  
que ocasión habrá después  
para acabar de quejarte.

SIRENA.

Yo voy contigo también. (Vanse las dos.)

Escena XII

DON LUIS.

¿Qué confusión es ésta,

que a mi desdicha iguala?

Oscura está la sala,

y la noche funesta,

ya de sombra cubierta,

baja. No sé la casa ni la puerta;

que otra vez no he llegado

aquí. ¡Forzosa pena!

Temerosa Sirena

y Leonor, me han dejado

confuso y sin sentido.

Escena XIII







DON LOPE. (Ap. Disimular conviene,

no crea que yo puedo  
tener tan bajo miedo,  
que mi valor condene.)

¡Bueno fuera, a fe mía,  
mataros! Yo era el mismo que salía;  
que (tan desconocida  
la voz) viendo que un hombre  
me preguntaba el nombre  
en mi casa, ofendida  
la paciencia y turbada,  
callando doy respuesta  
con la espada.

SIRENA. ¡Por cuánto aquí se viera  
un infeliz suceso!

DON JUAN. ¿Cómo puede ser eso,  
si el que yo digo que era  
dentro está, cosa es cierta,  
que no pudo salir por esa puerta,  
que vos entrasteis?

DONLOPE. Digo  
que era yo.

DON JUAN. Es cosa extraña.

DON LOPE. (Ap. ¡Oh cuánto a un hombre daña



DOÑA LEONOR.                      No entréis, señor, aquí: yo soy testi-go  
que aseguraros este cuarto puedo.

DON LOPE.                            (A Manrique.) Pues ¿de qué tienes miedo?

MANRIQUE.                           De todo.

DON LOPE.                           (A Doña Leonor.) Suelta, digo.-

(A Manrique.) Y tú vete de aquí...

(Ap. Que antes es dicha  
que falte otro testigo a mi desdicha.)

( Toma la luz y entra, y Manrique se va por otra puerta.)

#### Escena XVI

DOÑA LEONOR, SIRENA.

DOÑA LEONOR.                      ¡Ay, Sirena! ¿Qué suerte  
es ésta tan airada?

Estoy, desesperada,  
por darme aquí la muerte;  
pues ya es fuerza que tope  
a don Luis escondido, ¡ay Dios!,  
don Lope.

Él pensó que salía  
por la puerta que entraba  
a mi cuarto: allí estaba.

¿Mas por qué mi porfía  
duda lo que ha pasado?  
Ya le ha visto don Lope, ya le ha  
hablado.

¿Qué haré? Irme no puedo;  
porque en desdichas tantas,  
oprimidas las plantas,  
cadenas pone el miedo  
de cobardes prisiones.  
Toda soy confusión de confusiones.

Escena XVII

DON LUIS, que sale con la espada desnuda y embozado, y tras él DON

LOPE, con la espada desnuda y luz.

DOÑA LEONOR, SIRENA.

DON LOPE.                      No os encubráis, caballero.

DON LUIS.                      Detened, señor, la espada;

que en la sangre de un rendido

más que se ilustra se mancha.

Yo soy de Castilla, donde

por los celos de una dama,  
di a un caballero la muerte  
cuerpo a cuerpo en la campaña.  
Vine a ampararme a Lisboa,  
donde estoy por esta causa  
de Castilla desterrado.  
He sabido esta mañana  
que aquí un hermano del muerto  
cautelosamente anda  
encubierto, por vengarse  
con traición y con ventaja.  
Con este cuidado, pues,  
por esta calle pasaba,  
cuando tres hombres me embisten  
a las puertas desta casa.  
Viendo que (aunque el corazón  
algunas veces engaña)  
era imposible defensa  
contra tres de mano armada,  
subíme por la escalera;  
y ellos, o por ver que estaba  
en sagrado, o por no hacer  
tan dudosa la venganza,  
no me siguieron, y estuve

en esa primera sala  
esperando a que se fuesen,  
y sintiendo sosegada  
la calle, bajarme quise;  
pero al salir de la cuadra,  
hallé un hombre que me dijo:  
«¿Quién va?» Yo, que imaginaba  
que eran mis propios contrarios,  
no le respondo palabra.

De una sala en otra, entré  
hasta aquí. Ésta es la causa  
de haberme hallado, señor,  
escondido en vuestra casa.  
Ahora dadme la muerte;  
que como yo dicho haya  
la verdad, y no padezca  
alguna virtud sin causa,  
moriré alegre, rindiendo  
el ser, la vida y el alma  
a un honrado sentimiento,  
y no a una infame venganza.

DON LOPE.

(Ap. ¿Pueden juntarse en un hombre

confusiones más extrañas?



¿Tantos asombros y miedos,  
penas y desdichas tantas?  
Si en la calle este hombre, ¡cielos!,  
tantos pesares me daba,  
¿qué vendrá a darme escondido  
dentro de mi misma casa?  
Basta, basta, pensamiento;  
sufrimiento, basta, basta,  
que verdad puede ser todo;  
y cuando no, aquí no hay causa  
para mayores extremos:  
sufre, disimula y calla.)  
Caballero castellano,  
yo me alegro de que haya  
sido contra una traición  
sagrado vuestro mi casa.  
En ella, a ser hoy soltero,  
os sirviera y hospedara:  
porque un caballero debe  
amparar nobles desgracias.  
Lo que podré hacer por vos,  
será acudiros en cuantas  
ocasiones se os ofrezcan,  
porque a ese lado mi espada,

contra tres mil, no os suceda

otra vez volver la espalda.

Y ahora, por que salgáis

más secreto de mi casa,

podréis salir del jardín

por aquella puerta falsa...

Yo la abriré . . . y también hago

prevención tan recatada,

porque criados, que al fin

son enemigos de casa,

no cuenten que os hallé en ella,

y sea fuerza que vaya

a todos satisfaciendo

de cuál ha sido la causa.

Porque aunque es cierto que nadie

dude una verdad tan clara,

y yo de mi mismo tengo

la satisfacción que basta,

¿quién de una malicia huye?

¿quién de una sospecha escapa?,

¿quién de una lengua se libra?,

¿quién de una intención se guarda?

Y si llegara a creer...,



Sola una vez sino el mal  
menor que el que se esperaba.  
Ya puedo hablar, y ya puedo  
mover las heladas plantas.  
¡Ay, Sirena, en qué me vi!  
Vuelva a respirar el alma.  
(Vuelve Don Lope.)

DON LOPE.

Leonor.

DOÑA LEONOR.

Señor, pues ¿qué intentas?

¿Ya no supiste la causa  
con que él entró? Ya supiste  
que yo no he sido culpada.

DON LOPE.

¿Tal pudiera imaginar

quien te estima y quien te ama?

No, Leonor, sólo te digo  
que ya aquí se declara  
con nosotros...

DOÑA LEONOR.

¿Ya él no dijo

que aquí de Castilla estaba  
ausente por una muerte?

Pues yo, señor, no sé nada.

DON LOPE.

No te disculpes, Leonor.

Mira. . . , mira que me matas.

Tú, Leonor pues ¿de qué habías

de saberlo? Pero basta

que él se fie de nosotros,

para que de aquí no salga.

Y tú, Sirena, no digas

lo que entre los tres nos pasa

a ninguno, ni a don Juan.

Escena XIX

DONJUAN. -DICHOS.

DON JUAN. (Ap.) Tanto don Lope se tarda,  
que me ha dado algún cuidado.

DON LOPE. ¡Por Dios, don Juan, linda gracia  
es hacerme andar así  
mirando toda la casa,  
siendo cierto que fui yo!

Tomad otro poco el hacha,  
Y andadla vos.

DONJUAN. ¿Para qué,  
si ya aquí me desengaña  
el saber que fuisteis vos?  
Ya conozco mi ignorancia.

DON LOPE. Con todo habemos los dos

segunda vez de mirarla.

DOÑA LEONOR. (Ap.) ¡Qué prudencia tan notable!

DON JUAN. (Ap.) ¡Qué valor y qué arrogancia!

SIRENA. (Ap.) ¡Qué temor!

DON LOPE. (Ap.) Desta manera,

el que de vengarse trata,

hasta mejor ocasión,

sufre, disimula y calla.

Jornada tercera

Atrio de un palacio del rey en Lisboa.

Escena primera

DON JUAN, MANRIQUE.

DON JUAN. ¿Dónde está don Lope?

MANRIQUE. Cuando

entró en palacio, yo aquí

me quedé.

DON JUAN. Búscale, y di

que yo le estoy esperando.

(Vase Manrique.)

Escena II

DON JUAN.

Quedaréme imaginando

a solas, sin mí y conmigo,  
el dudoso fin que sigo,  
y la obligación que tiene  
quien a hacer discursos viene  
en la opinión de un amigo.  
Yo de don Lope lo soy  
tanto, que no ha celebrado  
amigo más obligado  
la antigüedad hasta hoy.  
Huésped en su casa estoy,  
su hacienda gasto, y es mía,  
su vida y su alma me fia:  
pues ¿cómo, ¡cielos!, podré  
ser ingrato a tanta fe,  
amistad y cortesía?  
¿Podré yo ver y callar  
que su limpio honor padezca,  
sin que mi vida le ofrezca  
para ayudarle a vengar?  
¿Podré yo ver murmurar  
que este castellano adore

a Leonor, que la enamore,  
y le dé lugar Leonor,  
y padeciendo su honor,  
yo lo sepa y él lo ignore?

No podré; pues si él quedara  
satisfecho, siendo mía  
la venganza, en este día  
al castellano matara.

A él sin él yo le vengara,  
prudente, advertido y sabio;  
mas de la intención del labio  
satisfacción no se alcanza,  
si el brazo de la venganza  
no es del cuerpo del agravio.

Yo a don Lope le diré  
clara y descubiertamente  
que no hable al rey ni se ausente.

Mas si me dice por qué,  
¿cómo le responderé  
la causa? Duda mayor  
es ésta; que al que el valor  
eterno honor le previene,  
quien dice que no le tiene





(Ap. ¡Oh, cómo un cobarde está

siempre a su temor rendido!)

DON JUAN.

Don Lope, amigo, yo vengo

(si estamos solos los dos)

a aconsejarme con vos

en una duda que tengo.

DON LOPE.

(Ap. Ya para oír me prevengo

alguna desdicha mía.)

Decid.

DON JUAN.

Un caso me envía

un amigo a preguntar,

y quiérole consultar

con vos.

DON LOPE.

¿Y es?

DON JUAN.

Jugando un día

dos hidalgos, se ofreció

una duda, en caso tal

forzosa, sobre la cual

uno a otro desmintió.

Con las voces, no lo oyó

entonces el desmentido;

un amigo lo ha sabido,

y que se murmura dél;

y por serlo tan fiel,  
esta duda se ha ofrecido:  
¿si éste tendrá obligación  
de decirlo claramente  
al otro, que está inocente;  
o si dejar es razón  
que padezca su opinión,  
pues él no basta a vengalle?  
Si lo calla es agravialle,  
y si lo dice es error  
de amigo. ¿Cuál es mejor,  
que lo diga, o que lo calle?

DON LOPE.

Dejadme pensar un poco.

(Ap. Honor, mucho te adelantas;

que una duda sobre tantas

bastará a volverme loco.

En otro sujeto toco

lo que ha pasado por mí.

Don Juan pregunta por sí:

luego alguna cosa vio.

¿Haré que la diga?, no;

pero que la calle, sí.)

Don Juan, yo he considerado,

si es que mi voto he de dar,

que no puede un hombre estar

ignorante y agraviado.

Aquel que ha disimulado

su ofensa por no vengalla,

es quien culpado se halla;

porque en un caso tan grave,

no yerra el que no lo sabe,

sino el que lo sabe y calla.

Y yo de mí sé decir

que si un amigo cual vos

(siendo quien somos los dos)

tal me llegara a decir,

tal pudiera presumir

de mí, tal imaginara,

que el primero en quien vengara

mi desdicha, fuera en él;

porque es cosa muy cruel

para dicha cara a cara,

y no sé que en tal rigor

haya razón que no asombre

y que se le pueda a un hombre

decir: «No tenéis honor.»

¡Darme el amigo mayor

el mayor pesar!- Testigo  
es Dios (otra vez lo digo),  
que si yo me lo dijera,  
a mí la muerte me diera,  
y soy mi mayor amigo.

DON JUAN.                      Ya quedo ahora de vos  
enseñado. Eso diré,  
y a este amigo avisaré  
que calle. Quedad con Dios. (Vase.)

Escena IV

DON LOPE.

¿Quién duda que entre los dos  
pasa el caso que ponía  
en tercero, y que sabía  
que Leonor matarme intenta?  
Pues el que supo mi afrenta,  
sabrà la venganza mía.  
Y el mundo la ha de saber.  
Basta, honor; no hay que esperar;  
que quien llega a sospechar,  
no ha de llegar a creer,  
ni esperar a suceder  
el mal; y pues su mudanza









que la palabra del rey,  
que grave y severo dijo  
que yo haré falta en mi casa?  
Pero ¿qué rayo más vivo,  
si fénix de las desdichas,  
fui ceniza de mí mismo?  
Cayeran sobre mis hombros  
esos montes y obeliscos  
de piedra, fueran sepulcros  
que me sepultaran vivo.  
Menos peso fueran, menos,  
que esta afrenta en que he caído,  
a cuya gran pesadumbre  
ya desmayado me rindo.  
¡Ay, honor, mucho me debes!  
Júntate a cuentas conmigo.  
¿Qué quejas tienes de mí?  
¿En qué, dime, te he ofendido?  
Al heredado valor,  
¿no he juntado el adquirido,  
haciendo la vida en mí  
desprecio al mayor peligro?  
¿Yo, por no ponerte a riesgo,  
toda mi vida no he sido

con el humilde, cortés,  
con el caballero, amigo,  
con el pobre, liberal,  
con el soldado, bienquisto?  
Casado, ¡ay de mí!, casado,  
¿en qué he faltado?, ¿en qué he sido  
culpado? ¿No hice elección  
de noble sangre, de antiguo  
valor? Y ahora a mi esposa,  
¿no la quiero?, ¿no la estimo?  
Pues si yo en nada he faltado,  
si en mis costumbres no ha habido  
acciones que te ocasionen,  
con ignorancia o con vicio,  
¿por qué me afrentas?, ¿por qué?  
¿En qué tribunal se ha visto  
condenar al inocente?  
¿Sentencias hay sin delito?  
¿Informaciones sin cargo?  
Y sin culpas, ¿hay castigo?  
¡Oh locas leyes del mundo!  
¡Que un hombre, que por sí hizo  
cuanto pudo para honrado,

no sepa si está ofendido!  
¡Que de ajena causa ahora  
venga el efecto a ser mío  
para el mal, no para el bien,  
pues nunca el mundo ha tenido  
por las virtudes de aquél  
a éste en más! Pues ¿por qué (digo  
otra vez) han de tener  
a éste en menos, por los vicios  
de aquella que fácilmente  
rindió alcázar tan altivo  
a las fáciles lisonjas  
de su liviano apetito?  
¿Quién puso el honor en vaso  
que es tan frágil? ¿Y quién hizo  
experiencias en redoma,  
no habiendo experiencia en vidrio?  
Pero acortemos discursos;  
porque será un ofendido  
culpar las costumbres necias,  
proceder en infinito.  
Yo no basto a reducir las  
(con tal condición nacimos),  
yo vivo para vengarlas,



DON LOPE. (Dentro.) ¿No es don Juan aquel que miró? A vuestro lado me halláis. (Sale.)

OTRO. (Dentro.) ¡Muerto soy!

DON JUAN. (Volviendo.) Si estáis conmigo, poco fuera el mundo.

DON LOPE. Ya huyeron. Decid qué ha sido, si la ocasión que tenéis no nos obliga a seguirlos.

DON JUAN. ¡Ay don Lope, muerto estoy!

Hoy nuevamente recibo la afrenta, que en la venganza pensé que estaba en su olvido.

Mas, ¡ay de mí!, ha sido engaño, porque bastante no ha sido

la venganza a sepultar un agravio recibido.

Cuando me aparté de vos, llegué hasta este propio sitio que bate el mar, con el fin que vos propio habéis venido, que es de volver a la quinta adonde habéis reducido vuestra casa, previniendo vuestra ausencia. Divertido

llegué, pues, y en esta parte  
estaban en un corrillo  
unos hombres, y al pasar  
el uno a los otros dijo:  
«Aqueste es don Juan de Silva.»  
Yo, oyendo mi nombre mismo,  
que es lo que se oye más fácil,  
apliqué entrambos oídos.  
Otro preguntó: -¿Y quién es  
este don Juan? -¿No has oído  
(le respondió) su suceso?  
Pues éste fue desmentido  
de Manuel de Sosa. Yo,  
que ya no pude sufrirlo,  
saco la espada, y a un tiempo  
tales razones le digo:  
«Yo soy aquel que maté  
a don Manuel, mi enemigo,  
tan presto, que de mi agravio  
la última razón no dijo.  
Yo soy el desagraviado,  
que no soy el desmentido;  
pues con su sangre quedó  
lavado mi honory limpio.»

Dije, y cerrando con todos,  
siguiéndolos he venido  
hasta aquí porque me huyeron  
luego; que es usado estilo  
ser cobarde el maldiciente;  
y así ninguno se ha visto  
valiente, que todos hacen  
a las espaldas su oficio.  
Ésta es mi pena, don Lope,  
y, ¡vive Dios!, que atrevido,  
que loco y desesperado,  
de aquí no me precipito  
al mar, o con esta espada  
mi propia vida me quito,  
por que me mate el dolor.  
«¡Éste es aquel desmentido»,  
dijo, «no aquel satisfecho!»  
¿Quién en el mundo previno  
su desdicha? ¿No hizo harto  
aquel que la satisfizo?  
¿Aquel que puso su vida  
desesperado al peligro,  
por quedar muerto y honrado

antes que afrentado y vivo?  
Mas no es así; que mil veces,  
por vengarse uno atrevido,  
por satisfacerse honrado  
publicó su agravio mismo,  
porque dijo la venganza  
lo que la ofensa no dijo. (Vase.)

#### Escena VIII

DON LOPE.                      «Porque dijo la venganza  
lo que la ofensa no dijo».  
Luego si me vengo yo  
de aquella que me ofendió,  
la publico: claro está  
que la venganza dirá  
lo que la desdicha no.  
Y después de haber vengado  
mis ofensas atrevido,  
el vulgo dirá engañado:  
«Éste es aquel ofendido»,  
y no «aquel desagraviado».  
Y cuando la mano mía  
se bañe en sangre este día,  
ella mi agravio dirá,



pues la venganza sabrá  
quien la ofensa no sabía.  
Pues ya no quiero buscalla  
(¡ay cielos!) públicamente,  
sino encubrilla y celalla;  
que un ofendido prudente  
sufre, disimula y calla.  
Que del secreto colijo  
más honra, más alabanza:  
callando mi intento rijo,  
porque dijo la venganza  
lo que el agravio no dijo.  
Pues de don Juan, que atrevido  
su honor ha restituido,  
no dijo el otro soldado:  
«Éste es el desagraviado»,  
sino «éste es el desmentido».  
Pues tal mi venganza sea,  
obrando discreto y sabio,  
que apenas el sol la vea,  
porque el que creyó mi agravio,  
me bastará que la crea.  
Y hasta que pueda logralla

con más secreta ocasión,

ofendido corazón,

sufre, disimula y calla.

¡ Barquero!

Escena IX

UN BARQUERO . -DON LOPE.

BARQUERO.                      Señor.

DON LOPE.                      ¿No tienes un barco aprestado?

BARQUERO.                      Sí,

no faltará para ti,

aunque en una ocasión vienes,

que siguiendo a Sebastián,

nuestro rey, que el cielo guardé,

hasta su quinta esta tarde

los barcos vienen y van.

DON LOPE.                      Pues prevénle, porque tengo

de ir hasta mi quinta yo.

BARQUERO.                      ¿Ha de ser luego?

DONLOPE.                      Pues ¿no?

BARQUERO.                      Al momento le prevengo. (Vase.)

Escena X

DON LUIS, que sale leyendo un papel –

DON LOPE. DON LUIS. (Para sí.) Otra vez quiero leer

letras de mi vida jueces;

porque ya es placer dos veces

el repetido placer.

(Lee.)

«Esta noche va el rey a la quinta: entre la gente podéis venir disimulado, donde habrá ocasión para que acabemos, vos de quejaros, y yo de disculparme. Dios os guarde. - Leonor.»

¡Que no haya un barco en que pueda

pasar! ¡Oh suerte importuna!

¡Plegue a Dios que la fortuna

nunca un gusto me conceda!

DON LOPE. (Ap.) Leyendo viene un papel

quien mi venganza previene.

¿Y quién dudará que viene

leyendo mi afrenta en él?

¡Qué cobarde es el honor!

Nada escucho, nada veo que ser mi pena no creo.

DON LUIS. (Ap.) Don Lope es éste.

DONLOPE. (Ap.) Rigor,

disimulemos, y dando

rienda a toda la pasión,

esperemos ocasión

sufriendo y disimulando;  
y pues la serpiente halaga  
con pecho de ofensas lleno,  
yo, hasta verter mi veneno,  
es bien que lo mismo haga.)

En muy poco, caballero,  
mi ofrecimiento estimáis,  
pues que nada me mandáis,  
cuando serviros espero.

Yo quedé tan obligado  
de vuestra gran cortesía,  
discreción y valentía,  
que en Lisboa os he buscado  
para que a vuestro valor  
servir mi espada pudiera,  
cuando otra vez pretendiera  
vengarse el competidor,  
que aquí os busca aventajado,  
y tanto, que desta suerte  
pretende daros la muerte  
cuando estéis más descuidado.

DON LUIS.

Yo, señor don Lope, estimo

merced que pagar espero;  
mas hoy, como forastero,

a pedirnos no me animo  
que en esta ocasión me honréis,  
por no empeñaros, señor,  
con ese competidor  
de quien vos me defendéis:  
fuera de que ya los dos  
que estamos amigos creo;  
pues ya le hablo y le veo  
del modo que estoy con vos.

DON LOPE.                      Créolo; pero mirad  
vuestro riesgo con cuidado;  
que amistad de hombre agraviado  
no es muy segura amistad.

DON LUIS.                      Yo, al contrario, siento y digo  
cuando su amistad procuro,  
¿de quién no estaré seguro,  
si lo estoy de mi enemigo?

DON LOPE.                      Aunque argüiros podía  
con razón o sin razón,  
seguid vos vuestra opinión,  
que yo seguiré la mía.  
Y decidme, ¿qué buscáis  
por aquí?



BARQUERO. Ya el barco ha llegado.

DON LOPE. (Albarquero.) Entrad

vos en el barco primero,  
porque yo a un criado espero.

Pero no, vos le esperad,  
pues conocéis al criado;  
que al barco nos vamos ya.

BARQUERO. No entréis en él, porque está  
solo y a una cuerda atado,  
que no estará muy segura.

DON LOPE. Buscad al criado vos,  
que allí esperamos los dos.

DON LUIS. (Ap.) ¿Quién ha visto igual ventura?

Él me lleva desta suerte  
adonde a su honor me atrevo.

DON LOPE. (Ap.) Yo desta suerte le llevo  
donde le daré la muerte . (Vanse los dos.)

BARQUERO. El criado no vendrá  
en mil horas, según creo.

Mas ¿qué es aquello que veo?

¡Desasido el barco está,  
rompida la cuerda! Dios

sólo los puede librar;

que sin duda que en el mar  
tendrán sepulcro los dos. (Vase.)

Otro punto de la playa a vista de la quinta de Don Lopa

Escena XII

MANRIQUE, SIRENA.

MANRIQUE.                      Sirena, cuyo mirar

suspende, enamora, encanta,

¿vienes acaso a escuchar

a su orilla cómo canta

la sirena de la mar?

Oye un soneto oportuno,

heroico, grave y discreto:

no te parezca importuno,

porque éste es el un soneto

de los mil y ciento y uno.

(Saca Manrique un pape ly lee.)

«Cinta verde, que en término sucinta,

su cinta pudo hacerte aquel Dios tinto

en sangre, que gobierna el globo quinto,

para que Venus estuviese en cinta:

La primavera tus colores pinta,

por quien yo traigo en este laberinto,









después que por la ausencia  
que quiere hacer, en esta hermosa quinta  
adonde la excelencia  
de la naturaleza borda y pinta  
campaña y monte altivo,  
más estimada de don Lope vivo;  
perdí, Sirena, el miedo  
que a mi propio respeto le tenía;  
pues si escaparme puedo  
de lance tan forzoso, la osadía  
ya sin freno me alienta;  
que peligro pasado no escarmienta.  
A aquesto se ha llegado  
ver a don Lope más amante ahora;  
porque desengañado,  
si algo temió, su desengaño adora,  
y en amor le convierte.  
¡Oh cuántos han amado desta suerte!  
¡Oh cuántos han querido,  
recibiendo por gracias los agravios!  
Deste error no han podido  
librarse los más doctos, los más sabios;  
que la mujer más cuerda,  
de haber amado, amada no se acuerda.



que antes que en el mar sepulte

el sol sus rayos, vendrá.

DOÑA LEONOR.                      ¿Cómo puede, si ya cubren

al mundo pálidas sombras,

y al cielo lóbregas nubes?

DON JUAN.                              A mí me tuvo violento

un gran disgusto que tuve,

y esperar no puede a nadie

el que de sí mismo huye.

DON LUIS.                              (Dentro.) ¡Válgame el cielo!

DOÑA LEONOR.                      ¿Qué voz

tan lastimosa discurre

el viento?

DON JUAN.                              En tierra no hay nadie.

DOÑA LEONOR.                      En las ondas se descubre

del mar un bulto, que ya

siendo trémulas las luces

del día, no se determina

quién es.

DON JUAN.                              Osado presume

escaparse; pues parece

que hacia nosotros le induce

piedad del cielo. Lleguemos

donde valientes le ayuden

nuestros brazos. (Vase.)

Escena XV

DONLOPE. -DICHOS.

DON LOPE. (Dentro.) ¡Ay de mí!

DON JUAN. (Dentro.) ¡Llega!

DON LOPE. (Dentro.) ¡Oh, tierra, patria dulce  
del hombre!

(Vuelve Don Juan y con él sale Don Lope, mojado y con una daga en la mano.)

DON JUAN. ¡Qué es lo que veo!

¡Don Lope!

DOÑA LEONOR. ¡Esposo!

DONLOPE. No pude

hallar puerto más piadoso,

que el que en tal favor acude

a mi fatiga. ¡Oh Leonor!

¡Oh mi bien!, no es bien que dude

que el cielo me ha prevenido

con sus favores comunes

tan grande dicha, en descuento

de tan grande pesadumbre.

¡Amigo!

DON JUAN. ¿Qué ha sido esto?





Obligóme a que le diese  
un lugar; y apenas hube  
entrado con él, y el barco  
de los dos el peso sufre  
(que el barquero aún no había entrado),  
cuando al cabo, a quien le pudren  
las mismas aguas del mar,  
falta, porque le recude  
una onda reciamente,  
a cuyo golpe no pude  
resistir, aunque tomé  
los remos. Al fin no tuve  
fuerza, y los dos en el barco  
entrando por las azules  
ondas del mar, padecimos  
mil saladas inquietudes.  
Ya de los montes de agua  
ocupé las altas cumbres,  
ya en bóveda de zafir  
sepulcro en sus arcos tuve;  
al fin guiado a esta parte,  
a vista ya de las luces  
de tierra, chocando el barco,

de arena y agua se cubre.

El gallardo caballero,  
a quien yo librar no pude,  
por apartarnos la fuerza  
del golpe, sin que se ayude  
a sí mismo, se rindió  
al mar, donde le sepulte  
su olvido.

DOÑA LEONOR.                    ¡Ay de mí ! (Cae desmayada.)

DONLOPE.                        ¡Leonor,

mi bien, mi esposa, no turbes

tu hermosura! ¡Ay cielo mío!

Un hielo manso discurre

por el cristal de sus manos.

¡Ay, don Juan!, la pesadumbre

de verme así, no fue mucho

que la rindiese: no sufren

corazones de mujer

que estas lástimas escuchen.

Llevadla al lecho los dos.

(Llévanla entre Don Juan y Sirena.)

Escena XVI

DON LOPE.

¡Qué bien en un hombre luce

que callando sus agravios,

aun las venganzas sepulte!

Desta suerte ha de vengarse

quien espera, calla y sufre.

Bien habemos aplicado,

honor, con cuerda esperanza,

disimulada venganza

a agravio disimulado.

¡Bien la ocasión advertí

cuando la cuerda corté,

cuando los remos tomé

para apartarme de allí,

haciendo que pretendía

acercarme! Y ¡bien logré

mi intento, pues me maté

al que ofenderme quería

(testigo es este puñal),

al agresor de mi afrenta,

a quien di en urna violenta

monumento de cristal!

¡Bien en la tierra rompí

el barco, dando a entender

que esto pudo suceder  
sin sospecharse de mí!  
Pues ya que conforme a ley  
de honrado, maté primero  
al galán, matar espero  
a Leonor: no diga el rey,  
viendo que su sangre esmalta  
el lecho que aún no violó,  
que no vaya, porque yo  
en mi casa no haga falta.  
Pues esta noche ha de ver  
el fin de mi desagravio,  
medio más prudente y sabio  
para acabarlo de hacer.  
Leonor (¡ay de mí!), Leonor,  
bella como licenciosa,  
tan infeliz como hermosa,  
ruina fatal de mi honor;  
Leonor, que al dolor rendida,  
y al sentimiento postrada,  
dejó la muerte burlada  
en las manos de la vida,  
ha de morir. Mis intentos  
sólo los he de fiar,

porque los sabrán callar,  
de todos cuatro elementos.  
Allí al agua y viento entrego  
la media venganza mia;  
y aquí la otra mitad fia  
mi dolor de tierra y fuego;  
pues esta noche mi casa  
pienso intrépido abrasar.  
Fuego al cuarto he de pegar,  
y yo, en tanto que se abrasa,  
osado, atrevido y ciego  
la muerte a Leonor daré,  
porque presuman que fue  
sangriento verdugo el fuego.  
Sacaré acendrado dél  
el honor que me ilustró,  
ya que la liga ensució  
una mancha tan cruel;  
y en una experiencia tal,  
por los crisoles no ignoro  
que salga acendrado el oro  
sin aquel bajo metal  
de la liga que tenía













DONLOPE.

Yo

soy, señor, si es que me deja  
el sentimiento, no el fuego,  
alma y vida, con que pueda  
conoceros, para hablaros,  
cuando vida y alma atentas  
a esta desdicha, a este asombro,  
a este horror, a esta tragedia,  
yacen postradas y mudas.

Esta muerta beldad, esta  
flor en tanto fuego helada,  
que sólo el fuego pudiera  
abrasarla, que de envidia  
quiso que no resplandezca,  
ésta, señor, fue mi esposa,  
noble, altiva, honrada, honesta,  
que en los labios de la fama  
deja esta alabanza eterna.

Ésta es mi esposa, a quien yo  
quise con tanta ternura  
de amor, porque sienta más  
el no verla y el perderla  
con una tan gran desdicha,



que pasaron de sospechas  
y llegaron a verdades;  
y en resolución tan cuerda,  
por dar a secreto agravio  
también venganza secreta,  
al galán mató en el mar,  
porque en un barco se entra  
con él sólo: así el secreto  
al agua y fuego le entrega,  
porque el que supo el agravio  
sólo la venganza sepa.

REY. Es el caso más notable  
que la antigüedad celebra;  
porque secreta venganza  
requiere secreta ofensa.

DON JUAN. Ésta es verdadera historia  
del gran don Lope de Almeida,  
dando con su admiración  
fin a la tragicomedia.

Fin

---

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#).

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#).

